

Primer Congreso Nacional de Estudios Interdisciplinarios sobre Diversidad Sexual y de Género. Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (Escuela IDAES), General San Martín, 2024.

Si la homosexualidad fue y es el fantasma que corroe nuestras instituciones, hacemos activismo espectral.

Spagnuolo, Marian, Méndez Elizalde, Belén, Astesiano, Tomás y Zerené, Fran.

Cita:

Spagnuolo, Marian, Méndez Elizalde, Belén, Astesiano, Tomás y Zerené, Fran (2024). *Si la homosexualidad fue y es el fantasma que corroe nuestras instituciones, hacemos activismo espectral*. Primer Congreso Nacional de Estudios Interdisciplinarios sobre Diversidad Sexual y de Género. Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (Escuela IDAES), General San Martín.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/congresodiversidad/15>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eUcC/YDy>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Si la homosexualidad fue y es el fantasma que corroe nuestras instituciones, hacemos activismo espectral

Integrantes del equipo de trabajo:

Marian Spagnuolo - mspagnuolo@zonaigualdad.com.ar (Coordinador Político de Zona Igualdad)

Belén Méndez Elizalde - belenmendezelizalde@gmail.com (Co coordinadora del área de Cultura de Zona Igualdad)

Tomás Astesiano - tomas.a.astesiano@gmail.com (Co coordinador del área de Capacitaciones de Zona Igualdad)

Fran Zerené - franzerene@gmail.com (Coordinador del área de Comunicación de Zona Igualdad)

Eje temático: Activismos, ciudadanías y movimientos sociales

Resumen

Introducción

Desde la recuperación de la democracia en 1983, la comunidad de la diversidad sexual ha logrado muchos avances y victorias en la batalla cultural por el reconocimiento de la misma como sujeto político: la aparición de múltiples organizaciones de la sociedad civil han ampliado los márgenes de discusión, posibilitando la incorporación a la agenda política de los diferentes gobiernos las demandas propias del movimiento. La realización de la primera Marcha del Orgullo en 1992, que luego se reprodujo hasta la actualidad y se expandió a diferentes localidades de Argentina, la incorporación de la orientación sexual como cláusula antidiscriminatoria de la Constitución de la Ciudad de Buenos Aires en 1994 y la sanción de leyes como Matrimonio Igualitario y Ley de Identidad de Género, son grandes hitos de la militancia de la diversidad, derechos conquistados que dan cuenta de la capacidad de agencia del movimiento en la construcción de la agenda pública.



Luego de décadas de ocupar el espacio público a la fuerza hasta poner nuestros derechos en agenda y construir políticas públicas acordes, nos encontramos con un retroceso. En un contexto de violencia estructural, sectores de las juventudes han virado su ideología hacia la extrema derecha, en el cual nuestras identidades deben permanecer en la marginalidad y la obediencia en pos de una supuesta mejora económica. El desafío es disputar una batalla cultural contra el neoliberalismo alienante e individualista entre los jóvenes.

El viraje a posturas más reaccionarias por parte de los jóvenes acontece en medio de un proceso de mutación del capitalismo y sus lógicas de acumulación de la riqueza: el neoliberalismo globalista de base inversionista encuentra en distintas partes del mundo límites para convocar a los diferentes sectores sociales en su defensa (Luci, 2009), generando así alteraciones en el “espíritu del capitalismo” (Boltanski y Chiapello, 2002), el cual hace referencia a los motivos y argumentos por los cuales las personas adhieren a las lógicas del sistema capitalista. La aparición de las extremas derechas (Stefanoni, 2021) puede ser considerada como una manifestación de este cambio ideológico que se produce internacionalmente de la mano de figuras como Donald Trump, Marine Le Pen, Jair Bolsonaro y, ahora, Javier Milei.

El actual Presidente de la Nación aparece en la escena política como un economista libertario que se opone a las políticas “*comunistas*” desde el 2017, hasta que en la pandemia por Covid-19 logra visibilizarse masivamente en movilizaciones en contra del gobierno de Alberto Fernandez y sus políticas sanitarias del ASPO¹. Tras esta expresión de apoyo de diferentes sectores sociales, Javier Milei y su partido, La Libertad Avanza, emprendieron el camino para conseguir el triunfo electoral, el cual sorprendió al amplio arco político y que significó un cambio de paradigma en la dirigencia del Estado Nacional. Debido a la incapacidad de los gobiernos de “izquierda” de generar cambios estructurales en las últimas décadas a nivel mundial, la extrema derecha ha ido ganando terreno en distintos sectores sociales, principalmente por su capacidad de prometer un futuro mejor, o al menos posible.

¹ Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio. Decreto de Necesidad y Urgencia número 297/2020.



La retórica anticomunista, la batalla contra los progresismos y las lógicas hiperindividualistas son las grandes banderas de esta corriente política, que ha logrado imponerse en el plano internacional con el apoyo mayoritario de jóvenes. Estos movimientos se abanderan como la única oposición posible contra el “marxismo cultural”, el cual se ha convertido en una caja negra en donde estas corrientes enjaulan todo aquello que signifique un posición diferente a la suya, constituyendo así sujetos políticos a los cuales es válido odiar, por ende legitimando la crueldad y la violencia (Ahmed, 2004, 2014).

Desarrollo

En Argentina, estamos vivenciando una de las refundaciones nacionales más veloces y violentas, al menos desde el ‘83 a esta parte, donde el gobierno pretende restaurar todas las bases de la Argentina: su cultura, su política, su historia y, quién sabe hasta dónde pretende llegar, su democracia. La voracidad de cambio que propone es la expresión con mayor épica de los últimos tiempos. Lo que queda como pregunta es ¿Cómo se puede pasar, en solamente 20 años, a que la expresión del cambio sean posiciones políticas tan extremadamente opuestas?

Sin duda, hay una innumerable cantidad de factores que se articulan, pero es imposible pensarlo por fuera de la aceleración tecnológica, la inmediatez del algoritmo, el paradigma de la post-verdad y la segmentación. Lo que ayer era revolucionario, hoy se transforma en el *status quo*.

La historia y la política en vez de ser ciencias sociales, pasan a ser contenido, y tomar la forma que imponen las redes sociales: ágil, atractivo, impactante, atrapante y segmentado. Por ende, un proceso histórico lento y complejo se vuelve impensado. Esto es un fenómeno epocal, la velocidad del cambio tecnológico hace que el tiempo, siempre relativo, se acelere. Quienes crecieron en esa medida temporal, los hechos históricos tienen una gran lejanía, para muchos jóvenes la última dictadura cívico-militar Argentina está tan lejanos como el Virreinato del Río de la Plata.

Las juventudes lgbt+, no escapan a esta falsa percepción del tiempo histórico. Se asume que



lo que hoy existe es inalterable en tanto a derechos. Hay un total desconocimiento de los procesos de lucha del activismo previo a los 2000. Muchos jóvenes encuentran barreras para reconocer al FLH en los '70, y cómo eso puede estar ligado con la Ley de Matrimonio Igualitario. No comprenden cómo algo que sucedió en el 2010 puede estar conectado en un mismo proceso de cambio, con algo que sucedió en 1969.

Esta perspectiva se suma a que, para muchos jóvenes, el activismo lgbt+ es La Revuelta de *Stonewall* y no la primera Marcha del Orgullo en 1992. Esto se da por el mayor desarrollo de contenido en redes sociales por parte de los países del primer mundo, por ende mayor llegada a las juventudes por medio de sus consumos culturales; y la utilización de la historia de los movimientos de liberación sexual como parte de la guerra cultural contra las políticas más tendientes al tradicionalismo religioso o conservadurismo de oriente. La guerra fría se dibuja con los colores del orgullo.

Lo cierto es para que un joven lgbt+ de Argentina conozca más la historia del activismo estadounidense que la propia, hay un factor clave: el activismo institucionalizado.

En la década del 2000, se levantaron nuevos gobiernos -populares, progresistas,- que posibilitaron el debate y sanción de leyes de igualdad, permitiendo que los activismos y las luchas sociales penetren en diversas estructuras estatales con el fin de poner en funcionamiento las políticas públicas que se desprenden de las nuevas leyes. Así, muchas referencias sociales y políticas de nuestro movimiento tuvieron la oportunidad de ocupar el Estado.

Esta oportunidad histórica, luego de años de lucha de un movimiento creativo, diverso y heterogéneo, se traduce hoy en funcionarios públicos que alguna vez supieron ser referentes y militantes sociales. En este devenir encontramos un distanciamiento entre el movimiento político de la diversidad sexual y su propia comunidad. La agenda política se empezó a debatir puertas adentro de despachos, generando una desconexión, tanto de los referentes con las problemáticas y procesos concretos de su comunidad, como de la propia comunidad con la agenda política.



Este proceso, sumado a una destructora y mezquina interna entre referentes de los activismos institucionalizados, deja varias generaciones huérfanas de espacios de encuentro político y una falta de recuperación histórica de las luchas de nuestra comunidad.

Las personas llegaron a la política de mano de luchas y movimientos que no operan con las mismas lógicas que los partidos políticos u organizaciones sociales clásicas, sino que tienen construcciones de poder más tendientes a lo plural. Llegar a ocupar un espacio que desarrolla políticas públicas y cumple un rol institucional posiblemente no estaba en las expectativas de jóvenes militantes de finales de los '90 o comienzos del 2000, y no tuvieron una formación como referentes políticos tradicionales, sin embargo se encontraron ahí. Lo cual implicó una mezcla peligrosa para nuestro movimiento, con referentes incapaces de llevar su rol de referentes políticos, viéndose obligados a ser funcionarios estatales, y por otro lado, con funcionarios estatales que no entienden cuál es su rol. El proceso devino en un Estado que ocupaba los espacios del activismo, imposibilitando que este se desarrolle, y un movimiento que, a pesar de tener la oportunidad de dialogar con el Estado por primera vez en toda su historia, no encontraba un interlocutor.

El movimiento que logró romper el sentido solemne de la política, a través de proponer el orgullo, la fiesta y el color como formas de lucha posible, devino en solamente poder proponer leyes como formas de cambio. Se fue perdiendo la creatividad política, en los espacios de encuentro comunitarios sigue viva la cultura disruptiva, pero se deshizo el puente donde esa perspectiva deviene en propuestas políticas de vanguardia. Este análisis no intenta minimizar los cambios y avances que se dieron en ese tiempo, desarrollando efectivamente dispositivos bienintencionados, y a veces efectivos. Encontramos en esa etapa de nuestro movimiento una enorme actividad, debate y construcción concreta de avances legislativos, alianzas políticas.

Lo cierto, es que este proceso dio lugar a un uso de nuestras agendas por parte de los partidos tradicionales, sin una profundización de los debates, ni una articulación real de las instituciones con el territorio. La cristalización, para nosotres, es el Decreto 476/2021 que incorporó la posibilidad de optar por la nomenclatura "X" en el Documento Nacional de Identidad (DNI) y el Pasaporte Argentino para reconocer identidades de género por fuera del



binomio masculino/femenino. Este decreto tuvo su sanción en una Argentina recién salida del ASPO, con una incipiente crisis económica, social y política, donde la desigualdad se había acrecentado a fuerza de la inflación y desempleo global. En ese marco, la estrategia del Gobierno, que había sido votado por la promesa de volver a los años de bonanza económica kirchnerista, fue profundizar las políticas “progresistas”. Las demandas sociales eran diversas, todas relacionadas con la crisis económica, incluso las de nuestra comunidad, quienes habían sufrido, por sobre ya una marginación estructural como la de la comunidad trans, la insoportable crisis económica devenida de la pandemia. Sin embargo, lejos de pensar políticas concretas y reformas estructurales que solucionen lo urgente, se realizó un llamativo acto donde se lanzaba como un gigante avance social este Decreto. Tan clara fue la distancia con los debates reales que circulaban en nuestra comunidad, que incluso activistas que recibieron los primeros DNI en el acto oficial realizaron una protesta diciendo “no somos una X”. A nivel social nuestras identidades comenzaron a ser marcadas como las responsables de la falta de política pública sobre la urgencia económica. Nos volvimos, sin que surgiera de nosotres o de nuestra comunidad, en el chivo expiatorio de la derecha argentina, la demostración de que la política tradicional no respondía las demandas del pueblo, porque estaba ocupada respondiendo a demandas sectoriales e insignificantes.

Los jóvenes lgbt+ que también sufren la falta de trabajo, acceso a la vivienda, inflación y demás problema económicos, tampoco sintieron que estaban representados en esa mesa de debate, y tenían razón.

Por eso, desde Zona Igualdad, nos focalizamos en actividades de historia y debate: porque la cultura -y la historia- *queer* es memoria, transformación y trinchera.

La derecha nos intenta utilizar como chivo expiatorio para lavar sus pecados y unir a su comunidad. Los libertarios dependen como grupo de su reafirmación mediante la “doma” en redes sociales, los “trolleos” en Twitter, el odio y los golpes hacia “los orcos”. El dispositivo es muy efectivo a nivel político: lo necesita para que el Gran Carnicero del biocapitalismo neoliberal y exacerbado que propone Milei pueda vivir de nuestra sangre (Cragnolini, 2021). El relato se alimenta de discursos de odio: el “cuco” está en todas partes y la agresión es hacia los grupos que no somos “personas de bien”.



Construir políticas fuera del hematohomocentrismo es reconocer este lugar de cucos y hacer una mejor economía de la violencia a partir de ahí (Derridá, 2008). El hematohomocentrismo es la idea de que para que exista el centralismo del sujeto hombre cishétero por sobre todo lo demás, se necesita violentar toda la otredad. Es sacrificar lo diverso para que pueda emerger el sujeto, en apariencia, único. En efecto, la política de Milei está basada en un aumento de la crueldad.

Sin embargo, los votos no provienen sólo del sector que idolatran. La base electoral de Milei ha sufrido muchísima violencia: en su mayoría, son jóvenes de ingresos bajos. Frente a ese dolor, desde los progresismos, se les pide que no sean agresivos. Pero ¿qué hacemos con la violencia que circula? La única respuesta existe desde las derechas. El *lógos* libertario se inscribe siempre en oposiciones jerárquicas: las fuerzas del cielo contra los orcos, los adolescentes en traje contra los jóvenes en la plaza, libertarios contra feministas.

Nosotros partimos de reconocer la violencia, en lugar de suprimirla, y de ofrecer hospitalidad y empatía a lo ajeno. Entendemos que el activismo lgbt+ nace siempre de una herida. La militancia nace también de nuestros fantasmas. Es una salida al odio que se nos impuso. Ofrecemos empatía porque conocemos la soledad de haber crecido en una sociedad en la que incluso el lenguaje con el que pensamos no puede nombrarnos. Vivimos bajo la sensación de haber roto la inteligibilidad social: estamos en fuga del lenguaje, de los sistemas de producción de verdad, del aparato legal (Preciado, 2019). Las existencias cuirs rompemos con el pensamiento binario y, en consecuencia, resultamos atemorizantes.

“Un fantasma corroe nuestras instituciones: la homosexualidad” (Perlongher,). Nosotros recuperamos la monstruosidad. Intentamos hacer un activismo espectral: que traspase todos lados. Por un lado, es fantasmático en tanto a las derechas les da miedo que mostremos aquello que ellas también tienen de monstruoso. Después de todo, todes tenemos cuerpos y deseos, sobre todo quienes se muestran como prístinos, racionales y alejados de la calle o la afección. Es muy difícil encontrarse con lo ajeno, lo extraño, lo cuir en una misma, nosotros lo sabemos más que nadie. Nos volvemos un elemento tétrico para los libertarios *incel*,



quienes tienen obturada la sexualidad por distintos motivos, y nuestra militancia se relaciona directamente con eso que ellos no pueden.

Por otro lado, proponemos un activismo espectral en red: hacemos militancia en todos los espacios que habitamos. No hay coyuntura que no sea, también, nuestra, porque no conocemos otra manera que vivir que no sea como disidencias. Incluso en aquellos espacios donde no podemos aún nombrarnos: igual existimos. Donde estamos, hay un acto político.

No apostamos a la ruptura absoluta de toda estructura, la apuesta es por la transición del espacio político. La ley nunca será capaz de comprender nuestras vivencias del todo, pero quizás no sea necesario. Existir dentro de ese espacio político, lo modifica, y son muchos los sectores de la sociedad que se benefician de los avances de nuestro movimiento. La derecha nos quiere aislados a propósito, porque en el encuentro disminuye la crueldad de la que se vale la *alt-right*, para deshumanizarnos.

Las redes sociales nos hacen creer que las identidades son categorías ontológicas unívocas, sobre todo a las juventudes. Las juventudes de hoy crecieron haciendo test de identidad de BuzzFeed, donde con esa identificación se prometía dar una respuesta simple a heridas muy complejas. La atomización identitaria, que nació como una forma de nombrar lo borrado, hoy se vuelve un refugio que garantiza pertenencia. Lo que empezó como liberación, hoy funciona como encierro.

En las redes se obvia lo más importante: no existe la identidad sexual en soledad. No hay visibilidad sin otros que te vean. Nuestras identidades existen en tanto rompen con la heterocisnorma. No existe disidencia sin norma. Por eso, el ocultamiento y el mutismo hacia nuestras existencias no es una falta individual, sino que es una construcción política del silencio, que intenta impedir que se forme una política y una cultura propia.

Frente a esto: activismo espectral como representación y liberación. Se trata, después de todo, de generar espacios para imaginar comunidad y resistir desde los márgenes abyectos de la matriz heterosexual (Butler, 2008). Generamos otras maneras de vincularnos, resistir,



entendernos como parte de un colectivo en vez de en oposición frente a le otre. Es la fuga: apostamos a desprivatizar nuestras existencias (Lali, 2020).

Conclusión

Para afrontar los desafíos de un modelo opresor, la política desde la memoria nos invita a desarrollar un activismo espectral: una construcción política constante, que no se limite a una acción o ámbito concreto, sino que piense la militancia como un *ethos*. Todo tiene el potencial de convertirse en acción política y vector de cambio. Buscamos oponernos a las lógicas y estrategias institucionales o legislativas, pero también a las miradas de pura territorialidad. Cuestionamos la división tajante entre teoría y praxis: no existe un discurso que no sea político, inintencional,. Nos proponemos correr los márgenes, ampliar los espacios de acción y articular formas de resistencia basadas en la empatía, respetuosos de la alteridad. La acción colectiva se convierte en una red de actores clave que ofrecen nuevas formas de construir ciudadanía.

Ejemplo de estas acciones las llevamos adelante en la Marcha del Orgullo, un evento político-cultural inigualable para nuestra comunidad, cada vez más absorbido por multinacionales y menos por luchas políticas o reivindicaciones históricas. Desde nuestro espacio no sólo reivindicamos nuestros derechos sino expresamos nuestras demandas. En medio de una coyuntura política de elecciones en 2023, Zona sostuvo una intervención única, innovadora y disruptiva en contra del avance de la derecha extrema, reivindicando nuestra memoria colectiva para construir un futuro posible de habitar para nuestras identidades. Inscribimos nuestra intervención en la coyuntura política y apuntamos contra la figura de Javier Milei, poniendo el foco en lo que se podía perder.

Son estas acciones son posicionamientos políticos, es entender que entre la urgencia, tenemos que construir el activismo que viene, volver a reconstruir las redes entre las organizaciones y la comunidad, pensar estrategias disruptivas y creativas interpretando el proceso histórico del cual venimos e intentando trazar líneas de hacia dónde vamos. Nuestro movimiento es un actor político clave para pensar la resistencia a las políticas fascistas que se imponen a nivel mundial.